



**COMPULSIÓN A LA COMPARACIÓN O LITERATURA COMPARTIDA:
un arma de la modernidad/colonialidad y otro desarme por
descolonialidad**

**COMPULSÃO DE COMPARAR OU COMPARTILHADA LITERATURA:
uma arma da modernidade/colonialidade e outro desarmamento
através da decolonialidade**

**THE COMPULSION TO COMPARE OR SHARE LITERATURE: a weapon
of modernity/coloniality and another disarmament by decoloniality**

Facundo Giuliano¹ & Valentina Giuliano²

Resumen: El presente ensayo introduce formas de problematizar la praxis de la comparación que hunde sus raíces en la modernidad/colonialidad e impacta opresivamente en la constitución de las subjetividades, al mismo tiempo que opera reducciones en función de un patrón de insensibilización. La pregunta de cómo comparar peras con manzanas no es ajena a los vectores

¹ Facundo Giuliano (IICSAL-CONICET/IICE-UBA). Director del proyecto FiloCyT “*Educación, filosofía y psicoanálisis: un anudamiento indisciplinario frente al capitalismo contemporáneo*”, con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3404-1612>. Correo electrónico: facundo.giuliano@bue.edu.ar.

² Valentina Giuliano (IICE-UBA). Investigadora del proyecto FiloCyT “*Educación, filosofía y psicoanálisis: un anudamiento indisciplinario frente al capitalismo contemporáneo*”, con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5348-705X>. Correo electrónico: giulianovalen@gmail.com.

establecidos por la geopolítica del conocimiento dominante. Por este motivo exploramos las incompatibilidades entre el comparativismo y la descolonialidad, sin escatimar opciones que impliquen afectos de lectura en el paisaje formativo. Un ejercicio en que el número solo es excusa teatral o tentativa de unidad, pero también vuelos prometeicos, hogar de sinuosidades y descansos, calma inundación de vacío liberador. La literatura compartida o acompañada emerge como re-existencia o senderos entramados en la pluriversidad que abre el juego e invita a afirmar vidas no comparatistas. Después de todo, y más aún de 1492, la singularidad es la imposibilidad de comparar.

Palabras claves: literatura comparada; filosofía de la educación; decolonialidad.

Resumo: Este ensaio apresenta formas de problematizar a práxis de comparação que tem suas raízes na modernidade/colonialidade e impacta de forma opressiva a constituição das subjetividades, ao mesmo tempo em que opera reduções a partir de um padrão de dessensibilização. A questão de como comparar peras com maçãs não é alheia aos vetores estabelecidos pela geopolítica do conhecimento dominante. Por isso exploramos as incompatibilidades entre comparativismo e decolonialidade, sem poupar opções que implicam afetos de leitura na paisagem formativa. Um exercício em que o número é apenas um pretexto teatral ou tentativa de unidade, mas também voos prometeicos, lar de sinuosidades e repouso, inundação calma de vazio libertador. A literatura partilhada ou acompanhada surge como re-existência ou caminhos entrelaçados na pluriversidade que abre o jogo e nos convida a afirmar vidas não-comparatistas. Afinal, e ainda mais em 1492, a singularidade é a impossibilidade de comparação.

Palavras-chave: literatura comparada; filosofia da educação; decolonialidade.

Abstract: This essay introduces ways of problematizing the praxis of comparison that stems from its roots in modernity/coloniality and impacts oppressively on the constitution of subjectivities, at the same time that operates reductions as a function of a pattern of insensitivity. The question of how to compare pears with apples is not limited to the vectors established by the geopolitics of dominant knowledge. For this reason we explore the incompatibilities between comparativism and decoloniality, without skimming options that imply reading affects in the formative landscape. An exercise in which the number is a theatrical excuse or an attempt at unity, but it is also Promethean flights, a place of windings and rests, a calm flood of liberating emptiness. Share or accompany literature emerges as re-existence or paths entered into the pluriversity that opens the game and invites us to affirm non-comparative lives. After all, even more than 1492, singularity is the impossibility of comparing.

Keywords: comparative literature; philosophy of education; decoloniality.

INCOMPATIBILIDADES ENTRE comparativismo y decolonialidad

¿Cuándo fue la primera vez que nos compararon? Si hubiera recuerdo de esa vez primera, probablemente nos enlazaría a un afecto espeso, denso, pesado, por más que se haya habitado el polo ganador de la contienda. Parece que siempre hay dos polos: el patrón de comparación y lo demás comparable. ¿Quién tiene la manija de la comparación? Digamos más: ¿quién tiene la manija más larga en la praxis de la comparación? Todos los caminos comparativos conducen al coma, a la antesala de la muerte, al engullimiento de cualquier diferencia, sea propia o ajena, en favor del sistema. Los dientes se afilan entre sí, la afección comparatista se extiende hasta en el sueño.

Hay un inconveniente constitutivo con el significante 'comparar', precisamente porque la modernidad/colonialidad nunca ha cesado de hacerlo. Comparar y *re-comparar* (una idea que mantiene y refuerza la idea de comparar) es una constante que viene desde 1492 a nuestros días, pasando por Kant, Hegel y Schiller, incluido Adorno cuya estética no escatimó en un mejor *parecer* (siempre excluyente). ¿Por qué las discursividades éticas del siglo XX, con sede en Europa, llegan a plantearse la “prohibición de comprar” recién a partir de Auschwitz? ¿Lo anterior fue tan lejano que no pudo cuestionar la maquinaria comparatista hasta que esta hizo estragos en sus propios suelos? Incluso ahí mismo, el nombre siempre sigue siendo Uno (Auschwitz) y las demás geografías se subsumen al Mismo (GIULIANO, 2021; GIULIANO, 2024).

¿Acaso América Profunda no es el nombre a partir del cual toda comparación se impugna, el suelo donde la prohibición de comparar germina hace más de cinco siglos y ni aun así se logra parar? Esta tierra pide desintoxicación, descolonización, des-comparación. Estar contra el tacto, la escucha, el gusto, el olfato, la vista, la intuición, es reforzar la comparación. La colonialidad opera sobre los sentidos a partir de un patrón comparador, base de toda clasificación, matriz disciplinante que captura desvíos históricos y rectifica columnas literarias. Las literaturas, como las historias, fenecen en su pluralidad en la compulsión comparativa. Aquí el adjetivo no salva, hay incompatibilidades congénitas entre la descolonialidad y la comparabilidad.

La despoltización de la descolonialidad se expande cuando no se vive, cuando se la adosa cual etiqueta que arreglaría los desastres de la modernidad,

cuando se convierte en cupo a cumplir o en vara medidora de buenas conciencias, cuando se la ubica como producto en góndola de pequeño mercado. Los contrasentidos pueden resultar tentadores: “comparación decolonial”, “evaluación decolonial”, “marxismo decolonial”, “(inter)disciplina decolonial”, “orden decolonial”; hay un afán comparatista disciplinante del sentir y del pensar, *así no, así sí*, la batalla se trama por no quedar en la cárcel o en compartimentos estancos a ser comparados y re comparados. En la indisciplina, la afirmación negativa, la des-comparación, la descolonización que no es mera deconstrucción.

Hacer lo Mismo que occidente, aunque sea con signo inverso, equivale a pensar que todo es cuestión de uso y de buena voluntad. Así, los dispositivos no serían problemáticos en sus configuraciones solo por estar en las manos correctas, la “perspectiva comparada” no sería un escollo moderno/colonial porque le agregamos una cita decolonial o una referencia local y la salvamos. Pero lo cierto es que la modernidad siempre operó así: subsumiendo la historia local en el diseño global. Abrir el diálogo entre la descolonialidad y teorías comparadas, es posible seguramente para una inteligencia artificial que ejercita la correlación algorítmica entre datos que no se tocan y se combinan cibernéticamente, pero no hay conversación allí. Es como si una vitalidad des-comparativa se juntara a charlar con una máquina comparativa, ¿qué voz primaria?

138

No es casual que la palabra diálogo, además de estar en el siglo XX vinculada a la cibernética, esté al mismo tiempo tan relacionada a la noción de consenso. ¿Quién establece los términos del consenso? ¿Desde dónde? En la historia reciente de ese significante, la lógica arriba-abajo, Norte-Sur, Primer Mundo - Tercer Mundo, Desarrollo-Subdesarrollo traza un escándalo poco referenciado. Total, siempre hay que buscar consensos. Así es que se rompe tan fácil, cuando al polo poderoso de su establecimiento no le interesa mantenerlo. En todo consenso late por lo bajo la invocación del espíritu condensado en el nombre *Consenso de Washington*: el Norte le dicta al Sur recetas y rectas, el Desarrollo señala al Subdesarrollo y lo insta a que se reconozca como tal, se reniega del conflicto como si fuera una peste a erradicar, solo importa lo que el statu quo imponga.

Des-comparar, como el gesto enseña, no implica re-incidir en la comparación. La descolonialidad impugna implícita y explícitamente cualquier orden comparativo, quizás porque no se trata de una trayectoria afuera-adentro o adentro-afuera (binarismos tramposos que simplifican inmensidades territoriales),

sino de ensanchamientos enunciativos: pluriversalidad. Des-comparar a lo mejor implica, como en toda praxis de descolonización, compartir. El dolor es inigualable, no hay relativismo posible frente a las heridas históricas y singulares que atraviesan corporalidades. No hay comparativa del dolor, apenas se comparte o se acompaña de otra existencia. Hacer algo con las letras tajeadas en los cuerpos, eso puede llamarse literatura, música, dibujo. ¿Qué te duele? Acá abajo, en medio de la colonialidad. ¿Por qué insistir en comparar cuando podemos compartir, acompañar, *convivir*, estar nomás? Compartir: algo está partido desde el inicio y no da igual. Escribir: encuentro de caligrafías escondidas tras una tipología de lo incomparable.

UN EJERCICIO DE LITERATURA COMPARTIDA: aventuras en la punta de la lengua³

I. Conjugar un abordaje de la lectura como forma vital e invaluable en el arte de educar. Trazar aventuras en la punta de la lengua como un lugar común en el que anidan los titubeos, los balbuceos, los tartamudeos y todo movimiento mínimo que acompaña la pronunciación, la manifestación, la alocución y la rebeldía que entona una textualidad. De aquí la necesidad de hablar también de afectos, por lo que el acto de leer suscita en las corporalidades que se ponen en juego, que se ponen en texto y que se exponen en el tejido popular de un habla comunitaria. Algunos nombres pueden signar las estancias por las que estas andanzas se aventuran y se dibujan en el blanco de la hoja con imprevisibles pensamientos: Tununa Mercado, Silvia Barei, Camila Sosa Villada, Eugenia Almeida, Susy Shock, Olga Orozco, Susana Thénon y un inadmisibles etcétera. Sin embargo, considerando el no saber desde el que parte toda verdadera enseñanza, no encontramos garantías de que cada nombre se traduzca linealmente en una cita puntual, sino en el entramado de un tejido inconcluso que se escapa y le saca la lengua a la promesa. Tal vez porque en esa musculatura inquieta anida la belleza pedagógica del acto fallido, ese lapso capaz de sonreírle irónicamente a los

³ Una primera versión (diferente e inédita) de estos fragmentos fue presentada en el *II Encuentro Internacional: derechos lingüísticos como derechos humanos en Latinoamérica / LA FURIA DE LA LENGUA*, organizado por la Facultad de Filosofía y Humanidades (Universidad Nacional de Córdoba) y el Museo del Libro y de la Lengua (Biblioteca Nacional Mariano Moreno), realizado del 23 al 26 de noviembre de 2021.

fanáticos de la buena conciencia, de la consistencia y de la coherencia impoluta del discurso.

CUARTETO PROMETEICO de literatura acompañada

II. Todo comenzó con una expropiación o una desapropiación de la historia o, mejor dicho, de un tramo escuchado en una juntada de páginas que por anodinas no prometían más que el quiebre de cualquier expectativa. Un entramado tejido por un sustantivo colectivo lo suficientemente pobre en detalles como rico en imágenes y metáforas que erigen sensaciones temblorosas en el acontecimiento que hace mella en los ojos, en el tacto, en la voz, en la escucha, en el olfato y en los gestos de quien anda entre páginas como quien se mete por senderos de un monte y callejuelas perdidas de una gran ciudad tal vez desconocida.

III. La lectura implica la inmersión... La instalación en un bosque simbólico en el que sólo podemos aventurarnos a partir de un tanteo en lo oscuro y con los juegos de la respiración: “inhalar y exhalar, aspirar y expirar”. Siendo este último verbo el anuncio del final de una lectura y por ende del final de una vida. Pero, ¿cómo asegurar que la lectura termina si otra vida continúa? ¿Se tratará acaso de una línea y, más precisamente, de una línea de continuidad? Lo que persiste tiende a insistir, como líneas sustraídas de una recta madre: bifurcaciones de camino, que no anticipan daño en uno y promesa en el otro. Volver y revolver las líneas a su cauce, ex-centrar la ubicación, unir los puntos que forman el dibujo sobre el campo de la realidad, entre la pérdida y la recuperación tentar la geometría como si se estuviera presa en una división de cruces y ramales que conducen a la manía, la locura y la *estesis* conjugadas en esta lectura.

IV. Quizás, tanto en los libros como en las conversaciones, los riesgos de la lectura instalan vacilaciones, titubeos y perplejidades que siembran un movimiento corpóreo y no rápidamente advertible. Gestualidades que pueden desembocar en el acontecimiento de un silencio o en la sonoridad de una marca entonada, aunque nunca circunscrita en un yo inidentificable, capaz de expansiones lacerantes y radicales en lo que de profundidad hiriente una trama hunde sus raíces. ¿De dónde viene la costumbre de vivir y revivir las huellas como incisiones en la vida de la lectura y en la lectura de la vida? ¿y si las huellas fueran una petición de lectura en reserva no como el bálsamo que combate dolores de un éxodo de sentido sino como la imposible sutura de un encuentro

impensado? Un arte amatorio que lleva consigo y a su paso todo lo que toca expurgando el antes y difiriendo indefinidamente el después en un continuo de andanzas que sea autodevoran a ritmos desparejos sin olvidar el punto de partida.

V. No hay leyes de progresión en el gesto de leer, tampoco retorno y obediencia a la supervivencia del detenimiento. El tono se hace esquivo a la gravedad del momento, pero la huida es interceptada por la incomprensión de la victoria. La luminosidad de la derrota permite percibir el acuerpamiento de los libros como objetos demandantes que nunca se disponen de manera inerte y pasiva ante la mirada de un par de ojos, de un par de manos o de algún tímpano que acoge el volumen de la música que no enuncia un número, pero si la física de una musa: la lectura. Ella se sigue leyendo, así como el libro se sigue escribiendo.

DOS VUELOS de la pluma

VI. En contra del continuo movimiento lector las ninfas nos advierten sobre la lectura asertiva, identificatoria, apodíctica, egológica y toda otra calificación que denote una garantía de juicio. Poca resistencia ofrece esto, entendiendo por ella la chance de generar el estupor de un conocimiento que no se deja tomar. Entre la ignorancia y la idiotez, una poética del leer se *da* si no olvidamos que se trata de una travesía verbal en la que la lengua inquieta juega su despegue y aterrizaje en los intersticios de los signos. Si se lengua la *trava*, que no cunda el pánico, aunque puede ser que entremos en Shock. Empieza la duda, un tejido no se deja leer, ni tachar, pero pide jugar. Es decir volver a leer como a luchar contra quien dispuso cual obtuso que leer es un acto preciso, bien preciso, como preciso es vivir.

VII. Acto irreverente el de pasar por cada palabra sin saludar allí donde los reverendos obligan a reverenciar en tiempo, forma y gesto impuesto. Pero horadar el puesto a la pronunciación que no titubea sería como plantar semillas a guisa de palabras que tal vez carguen la olla del pueblo que tanto cuesta llenar. Selva o desierto, la mesa está servida entre signos donde la lectura hace pie, pero sin notas y sin deberes porque el amorío es fluido allí donde emerge el río que es presente como regalo sin ausencia a cuestras. ¡Piedra libre para todas las compas!, sin descuidar el compás y el ritmo al aire libre en los diminutos paraísos de los recovecos de la letra. ¡Todas las puertas abiertas! dejamos los códigos de preguntas y respuestas.

ANIMAL CIEGO en una casa del desierto

VIII. Cada vez que abrimos un libro y miramos sus entrañas nunca pensamos a quiénes este le da su espalda mientras a nosotros nos brinda su alma. Sin embargo, poco cultivamos la política de asomarnos colectivamente a los intestinos y las columnas que sostienen erguidos los lomos de la lectura. Tampoco hemos aprendido tanto de la necesidad bibliotecológica de contar con compañeros y compañeras a los lados para no caer rendidos a la gravedad ni quedar torcidos con nuestras páginas resentidas. ¿Qué de las viejas tablas de arcilla o de los pergaminos de cuero de oveja o de los enrollados papiros pervive en la comunión libresca? Quizá un alarido como amuleto, un desmarcarse del silencio, de la buena conciencia, alabante y monumento.

VIAJE INÚTIL: seis sinuosidades y tres descansos

IX. Armamos y amamos con la tinta todas las memorias malditas, humilladas o insolentes. Cada vez que devenimos en una madre que lee, no porque debe hacerse, ni siquiera porque tengamos progenie, sino porque somos la ancestralidad de los que vienen. Diferente es poner el dedo sobre el renglón como si eso nos diera la seguridad de tocar suelo firme cuando las palabras se entremezclan, cuando los contrastes se difuminan sobre el fondo dramático de lo inscripto en la existencia. Hay un dato dérmico que no se reduce a las curvas de la identidad, que aloja la yema de un dedo rozando los siglos de historias acumulados en las grafías, que conforman palabras dispuestas o indispuestas, una al lado de la otra. Ese apunte cutáneo es la caricia del fondo y del trasfondo que late temeroso en los claroscuros de una página inconclusa.

X. ¿Qué pasa cuando la vuelta de página hace saltar el esmalte a la uña? ¿Será que la lectura es celosa de toda pintura que anide en otra superficie que no sea la propia? ¿Desde qué lugar se suele criticar la superficialidad cuando es en ella y por ella que los signos dibujan pequeñas muertes en un suelo de placer pocas veces explorado? ¿Será que en el afán de profundidad nos olvidamos de la fricción en los puntos que hacen estallar los sentidos? Aquí un pequeño esbozo de una erótica de la lectura. Y no descuidamos que el amor se hace en la misma cama

donde el libro se abre como un refugio del mundo: la soledad se puebla entre las sábanas que cobijan un encuentro en el que no somos solamente yo.

XI. La lectura nos descubre parientes de letras que sobrepasan la sangre o que piden escribir con ella la textualidad que nos entrama ¿exogamia? Una exogamia que hace grupo, colectivo, comunidad. Tal vez la vida podría definirse por las estancias en rondas de lectura, que no nos conectan, sino que nos hacen respirar juntos en el medio de un juego en el que nadie gana ni pierde, pero un elástico nos contiene mientras el tiempo se suspende. Aquí se insinúa el arte de educar que se libera en la lectura cuando esta no es obligación, sino pasión por conversar dos afectos, tres subrayados y cuatro olvidos. Porque quizá esa terceridad que media entre enseñantes y estudiantes, que no son meros estanques, es la condición de imposibilidad que hace acontecer la reunión gastronómica, que alimenta la vida de lectoras y lectores cual comensales sin cubiertos, pero con hambre.

XII. Madre lectura que estás en los suelos, bien profanado sea tu nombre, venga a nosotros tu sueño, hágase tu deseo así en la letra como en el verso. Danos hoy nuestra ficción de cada día, no olvides nuestras insistencias como tampoco olvidamos a quienes nos insisten, déjanos caer en tu tentación y líbranos de cualquier texto neoliberal. Leansen. Casi tiramos a la basura esta oración, pero advertimos que podía reciclarse y preservar al medioambiente de tonterías delincuentes. Tirarse por la sierra de la blasfemia sin parapentes es una manera de descristianizar la lectura popular de las oraciones que quemaron brujas, que prohibieron libros y que persiguieron toda diferencia de sentido. Estamos frente al punto en el que ya no todo puede querer decir cualquier cosa.

XIII. La furia de la lengua pide una tierna venganza, su gran musculatura está ejercitada a base de literatura que permite reencontrar la inocencia frente a la siembra tóxica de una culpabilidad incesante, ardiente, pedante. Recordamos aquí la ternura de la lengua cuando besa a otra lengua o la de un perro cuando muestra cariño, pero también su dureza cuando se encuentra compelida a empujar duras realidades. Pero la lengua es traviesa, le gusta meterse donde puede lastimar o lastimarse: el filo de un diente partido, el mascar una comida, la cita apurada con algo demasiado caliente, la palabra equivocada en el momento justo. También algo podemos aprender de la lengua felina en materia de limpieza y curación de las heridas: si las palabras con las que ella baila enferman, será el cambio de danza la que comience a sanarla.

XIV. Un Lapsus Lingue nos asalta: decimos amor cuando queríamos haber dicho amistad, dijimos mamá cuando queríamos haber dicho *seño*, decimos conservatorio cuando quisimos decir conversatorio, dijeron “de los barcos” cuando querían haber dicho de los originarios. Morderse la lengua, sentir el dolor, dejar de masticar, hacer dos silencios, rumiar y tragar los restos, mirar con rabia el mundo y volver a empezar. Pero la lengua está sentida, ella se entrometió adonde no debía estar, fue apretada, pellizcada, ajustada, lastimada. Su recuperación tardará... ¿Tendrá razón el blanco muerto filósofo de que sólo el tiempo cura las heridas? La llaga puede irse, pero la memoria no es tonta y si nos mordemos de vuelta es mucha la bronca. Ya nada nos impide aceptar la complicación de los actos fallidos que hacen sentido mientras bombea el corazón ¿con razón?

XV. Hay quienes prefieren leer los textos por primera y única vez, luego dejarse impregnar por las sensaciones, las emociones y los hallazgos que hacen a la estupefacción de la primera cita. También están quienes les ha gustado tanto esa primera cita que quieren repetirla, pero es cierto que no encuentran lo mismo que la primera vez, hay diferencias de tonalidades, de colores, de temperaturas, de atmósferas, de sabores, de sonoridad. Asimismo, existen quienes cultivan el fino arte de la inconclusión atreviéndose en forma incontable a dejar la lectura mucho antes que las últimas páginas se aproximen, hay secretamente en esta inclinación lectora un extraño miedo a la muerte del relato. A su vez, hay quienes anuncian la cita, pero no van a ella, esta extraña especie para nada impuntual es un tanto impar y pueden padecer alergia a conversar (se les puede identificar porque hablan de textos, pero nunca charlan con ellos). Por otro lado, están quienes comienzan los textos por su final, son quienes preguntan en la primera cita “¿cómo te gustaría que terminemos?”

XVI. Se ha escuchado a rectores de instituciones educativas y nefastos ministros de educación hacer gala de una tontería mayúscula, afirman los biempensantes: “el 70% de jóvenes no comprenden lo que leen”. Quizás se olvidan del conflicto de las interpretaciones. ¿Leyeron tendenciosamente las estadísticas o quisieron homenajear a ese 30% juvenil que ha respondido lo esperado en algún test? Una tercera opción nos hace pensar que allí donde leyeron “comprenden” en realidad decía “compran”. De este modo, podemos verificar que una gran mayoría de nuestra juventud argentina no compra lo que lee, pero no por esto significa que no comprendan y mucho menos que no entiendan. ¿Será que estamos demasiado acostumbrados a ese 30% comprador que responde lo que las

jerarquías de la comprensión quieren escuchar? Aquí tal vez aparece una diferencia entre la mala lectura como garantía del negocio y la lectura bárbara como forma de la crítica.

XVII. ¿Cómo sería una filosofía de la lectura que no parta del binarismo separador del mundo en alfabetismo y analfabetismo? ¿Y si pensáramos que se comienza por aprender a leer, es decir, a escuchar o a mirar gestualidades que son signos del mundo bienvenidas o despedidas del lenguaje que todavía no se ha prendido en nuestra habla? Tal vez podríamos comenzar por intentar recordar que aprendimos a leer mucho antes de que lo que leyéramos tuviera forma de textos, de hojas colmadas de grafías bien acomodadas, de libros flacos, gordos, rellenitos o escuálidos. Leer como escuchar: una mirada se clava en un horizonte de sentidos, si nos acercamos intentando agarrarlo este se escapa indefinidamente. Por eso esta maña filosófica se parece más a un estar contemplativo, tal vez acostumbrado a convivir con el silencio que marca el ritmo inundante de los cuerpos y pasa por las venas cubriéndolas de esa fuerza invisible, que va de la garganta a la boca, y nos hace pronunciar en voz alta algo que sólo en apariencia sería para nosotros.

CALMA INUNDACIÓN de vacío liberador

XVIII. ¿Por qué la lengua se incomoda ante la quietud del silencio? ¿Será que su lucha es contra un blanco inerte que impide el mínimo delecto, el mínimo jugueteo, la mínima movilización? Si nos inundamos de silencio la cita está jodida, dicen las radios parlanchinas que no soportan el abismo de dos miradas que se encuentran ante el terremoto de estar vivos. Leer no es saber, es intentar volar sin sacar los pies de la tierra fértil en la que las plantas crecen, se ramifican y mueren abonando la venida de otras vidas vivibles en un mismo día. Si la escritura ha salvado vidas, la lectura las ha hecho más vivibles y sino pregúntenles a las gentes que con otra lectura de su desgracia han tramado muchas gracias.

REFERENCIAS

Giuliano, Facundo. “Descolonizar la ética y otros problemas geopolíticos-pedagógicos del conocimiento”. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 42(125), 2021.
<https://doi.org/10.15332/25005375.6746>.

Giuliano, Valentina. “Subjetividad y colonialidad: alianzas históricas que perpetúan opresiones”. *Humanidades: Revista de la Escuela de Estudios Generales*, 14(1), 2024. <https://doi.org/10.15517/h.v14i1.52731>.

Artigo Recebido em: 17 de julho 2024.

Artigo Aprovado em: 25 de setembro de 2024.